NUESTRA SEÑORA DE COVADONGA
ASTURIAS

Los astures, a lo largo de la historia, han demostrado ser un pueblo defensor como pocos de su independencia. Contra los romanos dieron muestras inequívocas de estas virtudes. Pero los que se han convertido en proverbiales acontecimientos para definir la esencia del pueblo asturiano son, sin lugar a dudas, los episodios centrados en Covadonga.

Gobernaba el territorio de Asturias el emir Ayub, tras la vertiginosa campaña con que los musulmanes se apoderaron de la Península después de la victoria de Guadalete.

Los cristianos eran una aparente insignificancia, refugiados en la cordilllera Cantábrica junto a las montañas de Cangas de Onís. No obstante el valí Al-Horr, gobernador de aquella región, encargó a Alkamah, su lugarteniente, que liquidara aquellos grupos de resistencia.

Don Pelayo, al enterarse, se retiró prudentemente de Cangas, donde tenía su centro, a los montes de Auseba y Ginés, buscando posiciones más seguras. En su ejército formaban grupos de gentes que habían huido hacia el Norte, prefiriendo para ocultarse los montes y lugares más difíciles. Estratégicamente colocó sus guerreros en los bosques y las alturas que rodean el valle del Deva e incluso en la misma Cueva de Covadonga.

Creyó Alkamah que la retirada cristiana significaba, poco más o menos, una desbandada y por lo tanto su victoria personal. Caminaba por ello cómodo y tranquilo a través del valle, situándose insensible a merced de los aguerridos hombres que le esperaban agazapados. Con pasmosa celeridad, desde lo alto cayeron flechas, piedras, troncos de árboles, que acertaban irremediables sobre los que ya eran sus caprichosas víctimas. Hasta es posible que, tras una misteriosa tormenta, se desbordaran los ríos, arrastrando a los huidos. Hasta el propio suelo se hundía cuando los mahometanos cruzaban por algunas veredas. Vieron incluso morir a Suleiman, compañero de Alkamah.

La derrota fue tan notable que, para magnificarla, la Crónica Silense elevó el número de muertos a 124.000 soldados musulmanes, aunque el arzobispo Rodrigo ya los reduce a 20.000, número todavía excesivo.

Con anterioridad a la batalla ponen algunos una entrevista mantenida entre el traidor don Opas y don Pelayo, de la que forma parte este interesante diálogo:

–«Hermano yo sé que no ignora cómo toda España, bajo el único régimen de los godos y, aun cuando todo el ejército se había concentrado en uno, no fue capaz de detener el ímpetu de los ismaelitas; ¿cuánto menos podrás tú defenderte en ese agujero del monte? Escucha mi consejo y desiste de tal empeño y así podrás disfrutar de muchos bienes con la paz de los árabes».

– Ni me uniré a los árabes ni me someteré a su imperio. Confío en la misericordia del Señor y de este pequeño monte que ves, de donde saldrá la salvación de España. Ni me asusta esa multitud de paganos ni los temo lo más mínimo.

No pocos autores quieren que este encuentro fuera posterior a la batalla. Y el traidor don Opas otra vez trabajaba para la causa musulmana. Por eso fue muerto allí mismo por los irritados cristianos.

La leyenda no se conforma con esto y quiere ver en las alturas de Priera, cerca de Covadonga, el cuerpo del obispo convertido en piedra, mientras su espíritu vaga y ruge en las cercanas aguas del molino de la Roedoría expiando su nefasta traición.

En cualquier caso, aquellas fechas del año 718 (99 de la Hégira) aún aceptada como normal y gracias al esfuerzo de unos valientes, debe considerarse como hecho providencial, extraordinario, muy cercano a lo milagroso. No es extraño entonces que el tiempo atribuyera el favor a la Virgen Santísima. Contemplado desde la fe todo resulta normalísimo. Bien pudo ser que los cristianos se encomendaran a la Madre de Dios; que don Pelayo se hiciera acompañar de alguna Virgencita para la empresa, de alguna de esas imagencitas que guardaban los cristianos huidos; que incluso en la misma cueva se rindiera con anterioridad culto a María, costumbre muy común en la cristianización de lugares como cuevas, fuentes, paisajes, montañas, etc.

El lugar en que nos movemos es realmente paradisíaco, excepcionalmente bello. Se trata de un valle encajonado en los Picos de Europa, circundado de montañas verticales por todas partes, con crestas afiligrandas a modo de agujas góticas, árboles que agatean aprovechando

las pocas tierras que dejan las montañas y las aguas manando a borbotones por las rugientes grietas que se abren en las peñas.

En una de esas sus verticales elevaciones se abre la cueva grande, larga o longa, donde coloca la historia el maravilloso acontecimiento del nacimiento de España. Ocho siglos hicieron falta para que la simiente sembrada en el sagrado Auseba, se convierta en un fruto totalmente sazonado, sobre las vegas de Granada.

Allí cerca, dicen, fue proclamado rey de España don Pelayo. Por eso el lugar ahora se apellida Repelao, traducción abreviada de Rey Pelayo. También en las cercanías, junto al pueblo del Soto, se señala el «Campo de la Jura», adonde acudía, hasta el siglo XIX, el Concejo de Cangas para tomar posesión de la vara de la justicia.

A mediados del siglo VIII, reinando Alfonso I, se edificó la primera capilla de la cueva y un monasterio de San Benito, dedicado a Santa María de Covadonga. «Allí se veneraba una imagen de la Virgen bajo esta denominación».

Se trata de la primera construcción que desaparecerá después, hasta el punto de que en tiempos de Fernando III y Alfonso X apenas quedaban unos arcos y dos sepulcros abaciales.

En el siglo XVI y con Felipe II comienza una nueva época de grandeza. El propio rey dona dos cálices de oro y un Crucifijo que había pertenecido a San Francisco de Borja. El obispo de Oviedo, don Diego Aponte de Quiñones, a finales de ese siglo XVI, realiza obras, construyendo la iglesia llamada de San Fernando, de estructura muy notable, con bóveda, crucería, claustro y habitaciones. Felipe IV funda un colegio de Canónigos de San Agustín para sustituir a los de San Benito. Y desde el reinado de Calos II, los reyes de España se honrarán con el título de canónigos honorarios de Covadonga.

Felipe V concede a los lugares de Covadonga la exención del Mayorazgo del Principe de Asturias. En consecuencia, la colegiata y el coto de Covadonga caen bajo la jurisdicción del abad.

Pero de nuevo la desgracia se ceba en el santuario asturiano. El 17 de octubre de 1777, un incendio lo destruye todo, hasta el punto de que no logran salvarse más que dos sepulcros, el ara del altar y una casulla. Todo lo demás, incluida la imagen, fue pasto de las llamas. «De entre las cenizas se recogen hasta seis arrobas de oro fundido».

Carlos III autoriza se pida limosna en España y sus reinos para edificar un nuevo templo según una maravillosa planificación de Ventura Rodríguez, de la que sólo se llega a levantar «el vasto y sólido basamento destinado a recibir la obra».

En 1820 se construye una pequeña ermita cuadrada dentro de la misma cueva. Otra vez, sin embargo, el día 20 de enero de 1868, una parte de la colegiata fue destruida por un desprendimiento del monte Orandi, suceso muy frecuente en aquellos lugares.

El obispo don Benito Sanz y Forés, al realizar su primera visita pastoral en 1872, queda impresionado por el lamentable abandono del sagrado recinto. Además de otras obras urgentes en el camarín de la Cueva, concibe el proyecto de levantar una basílica en la cumbre del monte Cueto.

El propio rey Alfonso XII, el 22 de julio de 1877, enciende la mecha del primer barreno y el obispo Sanz y Forés bendice la primera piedra. Su sucesor don Ramón Martínez Vigil termina las obras en 1901, mientras el Papa León XIII concede al nuevo templo el título de «Basílica».

El conjunto, un magnífico proyecto de Frassinelli, resulta armonioso con tres ábsides, de trazas románicas y con piedra rosácea que destaca sobre el fondo de verde y grisáceo que le prestan los alrededores.

La imagen del nuevo templo es obra del escultor aragonés Juan Samsó y Lengli, tallada en madera de cedro catalán.

Pero la imagen original y verdadera de Covadonga, que recibe el culto de los fieles desde tiempo inmemorial, se sigue venerando en su Cueva Santa, sobre un viejo pedestal de piedra. Es una talla románica, pero se halla vestida de ricas telas. Recibe el nombre popular de la Santina, aunque su nombre original era la de los Milagros. Fue donada por el Cabildo de Oviedo en 1778, pues la anterior desapareció en el incendio de 1777.

Nuestra Señora de Covadonga fue coronada canónicamente por el cardenal primado Victoriano Guisasola, de origen asturiano, el 8 de septiembre de 1918, duodécimo centenario de la batalla contra los musulmanes. Al acto, presidido por Alfonso XIII y su esposa doña Victoria Eugenia, asistió el Gobierno en pleno.

Al finalizar la Guerra Civil, la imagen de la Santina fue secuestrada y llevada a París hacia 1939. El embajador don Pedro Abadal descubre el robo y se lo hace saber al Jefe del Estado, quien comunica la noticia a las autoridades civiles y eclesiásticas de Oviedo. Rápidamente se inician las gestiones para su recuperación. La vuelta resultó una verdadera explosión mariana pocas veces superada.

Entre los múltiples ritos de devoción, de carácter anecdótico y para los romeros jóvenes, se halla la visita a la Fuente del Matrimonio, que recoge las aguas que nacen de la misma roca para caer sobre una copa de amor con siete pequeños caños y orificios y en ella beben los muchachos de toda España mientras cantan la famosa copla:

La Virgen de Covadonga
tiene una fuente muy clara,
la niña que de ella bebe
dentro del año se casa.

Al margen de esa tradición, Covadonga es el centro por excelencia de la espiritualidad asturiana. Allí rezan el humilde labriego y el príncipe real, el penitente arrepentido y la dama inmaculada, obispos, cardenales y fieles de todos los estratos sociales.

No el ocho de septiembre, durante el año entero, la Cueva de la Santina se ha convertido en un lugar de contacto verdaderamente excepcional para conectar con lo divino. El propio Papa actual rezó fervorosamente «donde Dios derrama con abundancia las gracias divinas por intercesión de la Virgen María».

Juan Pablo II llegó a Covadonga el domingo 20 de agosto de 1989. Después de dormir en la casa de ejercicios, al día siguiente celebró una Eucaristía inolvidable, estando acompañado de don Felipe, príncipe de Asturias, de 55 obispos y más de 200 sacerdotes.

Allí oyó el emotivo y significativo himno, dedicado a Ntra. Sra. de Covadonga. Es algo más que un canto. Es un compendio de fe e historia:

Bendita Reina de nuestra montaña
que tiene por trono la cuna de España
y brilla en la altura más bella que el sol.
Es Madre y es Reina. Venid, peregrinos,
que ante ella se aspiran amores divinos
y en ella está el alma del pueblo español

Dios te salve, Reina y Madre
del pueblo que hoy te corona
y en los cánticos que entona
te da el alma y corazón.
Causa de nuestra alegría,
vida y esperanza nuestra,
bendice a la patria y muestra
que sus hijos tuyos son.

Como la estrella del alba
brilla anunciando la gloria
y es el pórtico la gruta
del templo de nuestra historia.
Ella es el cielo y la patria,
el heroísmo y la fe,
y besa el alma de España
quien llega a besar su pie.

Virgen de Covadonga, Virgen gloriosa,
flor del cielo que aromas nuestra
montaña,
tú eres la más amante, la más hermosa,
Reina de los que triunfan, Reina de
España.
Nuestros padres sus ojos a ti volvieron
y una patria en tus ojos adivinaron,
con tu nombre en sus labios por ti
lucharon
con tu amor en las almas por ti
vencieron.

BIBLIOGRAFÍA

Diccionario Enciclopédico Espasa. Edit. Espasa-Calpe. Madrid. Letra C. Págs. 1406 y ss.

Santuarios Españoles. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Madrid, 1975. Págs. 2251-2252. (Esta obra y la anterior nos han servido de base para nuestro trabajo).

Gran Enciclopedia Rialp. Edic. Rialp. Madrid, 1989. Pág. 619. Letra C.

J. Sendín Blázquez: *Vía de la Plata. Historia. Mito. Leyenda*. Fundación Ramos de Castro. Zamora, 1991. Págs. 327-331.

NUESTRA SEÑORA DE LUGÁS

Entre los numerosos poblados que surgieron en la región asturiana a partir de los primeros años de la Reconquista, posiblemente haya que situar al grupo de caseríos que ahora forman la parroquia de Santa María de Lugás.

La comarca aún ahora se encuentra alejada de las grandes rutas regionales, muy cerca del último recoveco que el golfo de Villaviciosa se

complace en formar tierra adentro, no lejos de una serie de lugares misteriosos, típicos y llamativos.

Sin profundizar en dimensiones geográficas, podríamos hablar de un centro equidistante de Gijón, Oviedo y Covadonga.

Lugás comenzó siendo un lugar mariano allá por el siglo VII, pero de aquellos momentos apenas nos queda nada. Sería en el siglo XII cuando se levanta el interesante templo que ha llegado hasta nosotros.

Las primeras noticias de un santuario dedicado a la Virgen aparecen en una donación hecha por el Pontífice Zacarías al rey don Alfonso I, el Católico, en el año 745 (1).

No quedan restos de esa aludida construcción, aunque se conservan algunas sepulturas medievales, de lajas verticales, en la parte delantera del cementtario actual (2).

Hacia el año 1170 aparece la iglesia románica, de una sola nave, con ábside probablemente rectangular.

El templo tiene dos hermosas portadas del más puro estilo románico. La principal está formada por un triple arco, apoyado sobre tres columnas a cada lado con muchas esculturas, donde destaca un capitel representando a «Daniel en el foso de los leones». El tejaroz se decora con figuras de felinos.

La portada Sur destaca por su decoración con cabezas de pico y rollos zamoranos.

El arco de triunfo sobresale por sus adornos florales y faunísticos, donde aparecen escenas marianas.

La construcción está pensada para rendir culto a la Virgen Santa María, una bellísima talla románica del siglo XII, que nos presenta a la Madre con el Niño sentado en su brazo izquierdo.

El Niño lleva una poma en su brazo derecho y un libro en el izquierdo. La perfecta policromía, que aún dura, es de 1671, aun cuando en esa época se convirtió en imagen de vestir.

Por esos mismos años se construye un importante retablo mayor, que sustituyó al primitivo que, como todos los de aquella primera época, era pobre y muchas igleisas no lo tenían. Ese primer retablo mayor se construye en 1676 y costó al santuario 56 ducados. Debía estar pensado con algún tipo de camarín, pues se habla de «la cerradura para el

retablo nuevo que costó entonces 6 reales». Cuando se construye el nuevo retablo actual queda incorporado a él.

En el siglo XVII se realizarán importantes obras de ampliación de esta primitiva iglesia.

Se tiene constancia puntual de fechas claves:

Año 1687. Se termina la sacristía y se trabaja febrilmente en la ampliación de la iglesia, el crucero y la capilla mayor.

Año 1690. Se halla ya concluida la capilla del Santísimo Cristo y de la Virgen de los Dolores. La fecha grabada en el arco nos lo recuerda.

También se da por terminada la capilla del lado del evangelio en el crucero, dedicada a Ntra. Sra. del Viso o Visitación. La fecha de 1690 aparece en una de las claves de la bóveda.

Esa misma fecha se lee en la clave del arco de la capilla mayor, pensada explícitamente para el retablo y el altar de Ntra. Sra. de Lugás.

En el siglo siguiente seguirán obras importantes, entre las que hay que destacar, en 1733, una reparación del primitivo campanario que precedió al actual. Una pila de agua bendita para la puerta principal en el año 1703. La escalera de la tribuna de 1726.

La obra más importantes del siglo XIX será el nuevo campanario en forma de espadaña y con piedra de cantería, que llega traída en parte de las canteras de Cabranes.

A principios de ese mismo siglo, en 1807, «se construyen los dos cabildos, Oeste y Sur. La madera para su composición tiene un costo de 105 reales» (3).

Como dato importante de la época, «el Ministerio de Hacienda impone al santuario contribuir en el reparto eclesiástico del arciprestazgo, con destino a las necesidades de la guerra contra los franceses con la cantidad de mil reales, que se entregan como préstamo recuperable». Era el año 1809. «No se conseguirá la devolución hasta el año 1821, después de un largo y costoco pleito con el Estado» (4).

Durante ese mismo siglo siguen numerosas obras, muchas de ellas pensadas y exigidas por las características parroquiales del templo, como fueron el cementerio, campanas nuevas, vestidos para la Virgen, edificio llamado «el Polvorín» para la preparación de los cohetes, etc.

El retablo actual de Nuestra Señora está datado en el año 1751, cuando, «con fecha de 13 de septiembre, el escribano Francisco Rabanal, de Villaviciosa formaliza el contrarto firmado por don Nicolás de Posada, cura de Lugás, y don Francisco de Posada Montes, mayordomo, con don Manuel González Manjoya, de Oviedo, quien, en su calidad de escultor, se comprometió a tallar un retablo para la iglesia de Lugás y se le apalabraron 1.500 reales de vellón, que dio de limosna don Antonio de Posada». «Se trata del actual retablo de Nuestra Señora de Lugás» (5).

En 1760 se está construyendo el pedestal para el retablo «y al colocarlo y ser de plena satisfacción, se le dan «guantes» (gratificación) al maestro que lo hizo» (6).

Don Joseph Balbín, canónigo de la Santa Iglesia de Oviedo, dio de limosna para el santuario 400 reales. A ellos se añadieron 360 de los vecinos para la obra del dorado del retablo mayor y otros 1.823 rs. de los fondos del santuario». «Para su inauguración solemne se trajeron tres sacerdotes, que asistieron a la bendición» (7).

La parroquia de Lugás aparece en pleno funcionamiento el año 1385, a juzgar por el «Libro Becerro» de la catedral de Oviedo: «Santa María de Lugás, úsala apresentar el abad de Fuentes. Ha de manso tres días de bues. Los diezmos pártense en esta manera: el capellán lleva el tercio de los diezmos mayores y pie de altar la metad o quarentena. Todo lo otro lleva el dicho abad. Paga el capellán de procuraçión un terçio» (8).

La devoción a la Virgen fue creciente y singular, hasta el punto de que en el siglo XVI, entre 1575 y 1590 se construye la llamada «Casa de las Novenas», una hospedería para los peregrinos que llegaban durante todo el año, pero principalmente para las novenas y la fiesta que tenía lugar el 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de la Virgen. En 1799 tuvo que ser reedificada y ampliada.

El nombre de «Casa de las Novenas» nos sugiere la importancia que debía tener ya en esa época este tipo de culto: el novenario. ¡Lástima que no nos haya llegado alguna de esas primeras novenas!

Hay constancia de que el «visitador y vicario general, del año 1682, menciona las fiestas de Nuestra Señora, en los días 7, 8 y 9 de septiembre, con peregrinos de importantes núcleos de población como

Oviedo, Gijón, Avilés, Mieres»... «Manda que se traigan cinco sacerdotes, que digan misa a los romeros en los tres días y se les atienda en las confesiones» (9).

El santuario en 1605 se enriquece con el retablo de Santo Toribio. «La alcoba, altar y retablo que mandó hacer Toribio García de Lugás para la iglesia parroquial de Santa María de Lugás, con una figura de Santo Toribio de bulto entero, de cinco cuartas de vara de medir de alto y a los lados cuatro figuras de medio relieve: San Roque, Santa Eulalia, San Antonio de Padua y Santa Apolonia, en su coronamiento una representación del Padre Eterno». «Relieve que ahora se conserva en la sacristía» (10).

Otro retablo muy interesante de ese mismo siglo (1670) se construye para el Santísimo Cristo, tallado por Luis Fernández de la Vega, el mejor escultor asturiano de ese siglo.

Posteriormente, a partir de 1783, se sustituye por otro nuevo porque en esa fecha se concede el respectivo permiso para hacerlo.

Un poco después, el año 1676, año de grandeza para la devoción, se construye uno nuevo para la imagen de Nuestra Señora, que costó 56 ducados.

Lástima que los dos retablos laterales desaparecieran en el incendio de la iglesia durante la Guerra Civil en 1937.

De la multitud y constantes obras se deduce fácilmente que el santuario de Ntra. Sra. de Lugás ha conocido siempre una devoción que se extendía mucho más allá de los caserios que formaban el primer poblado y más allá del Concejo de Villaviciosa. Dan fe de ello la enorme cantidad de asientos que se conservan en los Libros de Fábrica.

Además de las fiestas principales de los días 7, 8 y 9 de septiembre con sus precedentes novenarios, las festividades de Santo Toribio y San Miguel se celebraban con singular expectación.

Entre las plegarias populares que hemos podido conseguir, destacan los Gozos en honor de Ntra. Sra. de Lugás.

«Pues vuestra Natividad
llenó al mundo de alegría,
libradnos, Virgen María,
de toda calamidad».

I

De la raíz de Jesé
y familia de David
nació la Mujer feliz,
que gozo del mundo fue:
nadie afligido se ve
naciendo, vos ¡oh María!
Pues vuestra Natividad
llenó al mundo de alegría.

II

Suspiraban los mortales
porque María naciera,
y saliendo al mundo, diera
alivio a todos sus males:
con clamores eternales
se les oía clamar:
Libradnos, Virgen María,
de toda calamidad.

III

Os habían anunciado
oráculos repetidos,
más no los veían cumplidos
los hombres desconsolados:
al verlos se ha disipado
toda su melancolía.
Pues vuestra Natividad
llenó al mundo de alegría.

IV

Males sin número había
causado el primer pecado,
mas de todos ha librado
al mundo la Virgen pía:
Si, tenaces, todavía
nos quisieren aquejar:
Libradnos, Virgen María
de toda calamidad

V

Los tristes son consolados,
los pobres favorecidos,
el pecador redimido,
y el justo justificado:
ninguno se halla angustiado
de tristeza en este día:
Pues vuestra Natividad
llenó al mundo de alegría.

VI

A todos causa alegría
tu santa natividad,
y con especialidad
a quien en ti más confía:
y pues sois nuestra fiel guía
con entrañas de bondad:
Libradnos, Virgen María,
de toda calamidad.

VII

Ensanchad los corazones
de ricos y poderosos
para que colmen gustosos
a los pobres de sus dones:
con gozo sus donaciones
hagan por ti, ¡oh Virgen pía!
Pues vuestra Natividad
llenó al mundo de alegría.

VIII

Los ricos, Madre, os aclaman
y lo sois suya en verdad,
pero mostráis más piedad
cuando el pobre Madre os llama:
vuestra caridad se inflama
si os dice con humildad:
Libradnos, Virgen María,
de toda calamidad.

BIBLIOGRAFÍA

Novena e Historia de Nuestra Señora de Lugás. Presbítero Agustín Hevia Ballina. Asturgraf. Oviedo, 1988. A esta obra pertenecen todos los textos entrecomillados y la mayoría de los datos históricos. Números (1) al (10).

Asturias. Dolores Medio. Edit. Destino. Barcelona, 1971.

NUESTRA SEÑORA DE SONSOLES
ÁVILA

La Cordillera Central fue siempre asiento importante de pastores. Los pueblos prerromanos nos han dejado huellas imborrables de sus predilecciones en los berracos de Guisando, Segura de Toro, El Tejado, La Vera...

Al llegar la invasión musulmana, los habitantes de esas tierras quedaron muy mermados en sus posibilidades. Muchos huyeron y otros se refugiaban en las partes más escabrosas de la serranía, hasta el punto de que a sus tierras, aparentemente desiertas, se les llamaba «Tierras de Nadie».

A la parte oriental, correspondiente a Ávila, le tocó muy pronto la suerte de la liberación, principalmente con Alfonso V, el Noble, en los comienzos del siglo XI, bajo la dirección de su yerno el conde de Borgoña.

La repoblación abulense conoció un período de gran esplendor cuando Alfonso VI conquista Toledo en 1085. Se levantan templos, se construyen monasterios, se reparan ruinas, un período de gloria al que va a unirse el cielo revelando, de manera misteriosa, una de las más bellas imágenes del lugar, precisamente en las cercanías de la propia Ávila.

Las gentes de Ávila y de su tierra ya se podían dedicar sin problemas a cuidar sus rebaños. Estaban seguros y bajaban hasta las puertas de Ávila con sus ovejas. Desde las alturas de la Paramera recorrían llanuras y montículos para contemplar la ciudad que levantaba sus pétreos muros para ofrecerles garantías y seguridad para su oficio.

Plantaban los pastores sus apriscos sobre pequeños montículos y allí reposaban tranquilos desde las templadas noches de primavera. Estaban acostumbrados a la luna clara y al fulgor de las estrellas que les facilitaban la defensa frente a los osos, lobos y alimañas frecuentes en aquella zona.

Una de esas noches contemplaron con perplejidad, en una loma cercana, respladores especiales, cual si se tratara de estrellas asentadas sobre la propia tierra. En la noche su fulgor parecía tan sobresaliente que no pudieron menos de exclamar:

–¡Son soles!... ¡¡Son soles!!

Como el fenómeno se repitiera en noches sucesivas, comunicaron el suceso a los vecinos de Ávila, quienes muy pronto comprendieron que se trataba de un especial favor de lo divino. Por aquel entonces las apariciones de este estilo eran frecuentes. En toda España se creía ya en las apariciones de los «Campos de Estrellas» de Santiago.

En el punto exacto donde se posaban «los soles» encontraron una bella imagen de la Virgen en la línea de las imágenes medievales de la época: la Virgen sentada en un trono y con el Niño en sus brazos.

Algunos creen que en el hecho intervino también un monje que recibió una revelación especial para que se presentara ante el rey y le pidiese viniera a reconquistar la ciudad en poder de los musulmanes. Como prueba de esta promesa encontrarían, escondida en la cima del montículo, la imagen con dos soles, uno a cada lado.

Existe otra versión que hace derivar la devoción a la Virgen en este lugar, como consecuencia del paso por este lugar de una comitiva de cristianos mozárabes que trasladaban los restos de San Zoilo desde Córdoba a Carrión de los Condes. Tras detenerse aquí, construyeron una ermita denominada por eso ermita de San Zoles, que deformado se convertiría en Son Soles.

Históricamente resulta cierto que San Zoilo, natural de Córdoba, varón nobilísimo, sufrió martirio en tiempos de Diocleciano y Maximiano. Su martirio fue muy celebrado, porque el verdugo mandó abrirle la espalda y sacarle las entrañas por detrás. Hallándose Córdoba en poder de los árabes, su cuerpo fue trasladado a Carrión de los Condes el año 1080, venerándose en un magnífico monasterio de la Orden de San Benito.

Pero esta versión no niega la existencia en aquel lugar de un culto y algún tipo de ermita, donde ya se honrara a la Virgen Santísima.

Los documentos escritos que nos van a hablar de la Virgen de Sonsoles son bastante tardíos. El cronista abulense Gil González Dávila, en el siglo XVII, afirma tasativamente que se trata de una «imagen de remota antigüedad».

A partir de él se abre una epoca en la que ya son bastantes los autores que nos hablan de la aparición legendaria y de la imagen misma, afirmando su cierto parecido a la de Atocha, Valvanera y del Sagrario de Toledo.

La devoción a la Virgen creció rápidamente. Al máximo esplendor del culto contribuyeron algunos llamativos milagros, cuando ya se hallaba consolidada la línea del Tajo como frontera y los musulmanes se batían el retirada, divididos en los pequeños reinos que surgieron a partir de la muerte de Almanzor.

El Papa Clemente VII, en bula de 1526, afirma «que son muchos los milagros que Dios ha hecho y hace cada día en este santuario». Era normal la invocación de la Virgen de Sonsoles durante los años de sequía.

En el santuario se guardan numerosos exvotos que confirman la afirmación papal. Podemos hablar de gracias muy especiales, quizás de verdaderos milagros.

Nos llaman la atención dos que se recuerdan al entrar en la ermita gracias a un cocodrilo y un barco, exvotos ofrendados, como agradecimiento de los dos celebrados milagros.

El primero, lo significa un cocodrilo o caimán gigantesco, expuesto con llamativa atracción. Un cuadro cercano al exótico animal nos aclara el misterio. Uno de los muchos emigrantes que marcharon a América, cuando cruzaba uno de los muchos paisajes selváticos, fue atacado por uno de esos excepcionales ejemplares de reptiles, hasta el punto de temer por su vida y la de su caballo. En tan difícil situación se encomendó a su Virgen de España y lanzó su dardo contra el animal. El acierto fue tal que el animal quedó muerto en el acto. Un acierto bastante difícil.

Como agradecimiento a su Virgen, al volver a España se trajo disecado el esqueleto de su atacante y lo depositó a los pies de su patrona.

Mandó pintar el cuadro-exvoto para que se perpetuara la memoria de su agradecimiento.

El segundo es un barco que pende del techo, miniatura de una galera. Otro exvoto que nos recuerda el agradecimiento de un marinero que participó en el desastre de la Armada Invencible y que, estando a punto de morir ahogado en el estrecho de Calais, pudo salvarse gracias a la intervención especial de la Virgen. Para perpetuar su agradecimiento dejó una reproducción del barco y el correspondiente cuadro explicativo «in memoriam».

Algunos de los milagros han sido investigados por la propia autoridad eclesiástica. Se recuerda especialmente en este sentido el que tuvo lugar el 20 de noviembre de 1658.

En ese día, el caballero don Juan Antonio Morante sufrió un espectacular accidente cuando caminaba en su coche de caballos. Quiso la mala fortuna que al caer sus piernas quedaran destrozadas y aplastadas. Se buscaron para él todo tipo de remedios aplicándole todos los tratamientos de la época, pero el joven no mejoraba. No podía moverse por sí mismo.

En tan lamentable situación quiso ser llevado al santuario de Sonsoles y allí, a la vista de todos, el día 11 de febrero de 1659, comenzó una rápida mejoría notada incluso en ese mismo instante. Así lo declararon en el juicio los testigos.

Similares a éste encontramos otros agradecimentos con testimonios de exquisita piedad. Invitamos al visitante a que los repase con reposada tranquilidad, porque debajo de ellos hay muchas lágrimas y sentidas oraciones. Son tan singulares que se habla hasta de la resurrección de un niño en 1660, tal y como reza otro cuadro que allí encontramos.

Resulta fácil caer en la cuenta de que la devoción a la Virgen de Sonsoles donde se halla más prendida es en el pueblo sencillo de Ávila, en todos sus estratos y niveles.

Entre los instrumentos que han ejercido definitiva influencia en favor de esta devoción destaca la Cofradía de la Virgen de Sonsoles.

Hay constancia escrita de que ya en el siglo XV, 1480, existía una Cofradía en honor de la Virgen, «muy grata a la Majestad Divina y muy del gusto de los Señores Reyes Católicos, del Señor Obispo y de todo el pueblo cristiano» (1).

Nacieron después, año de 1500, el Hospital de Peregrinos de Ntra. Sra. de Sonsoles y la Hospedería.

Se trataba de una fundación que, «al finalizar el siglo XV, no sólo incrementa el culto con la edificación del nuevo templo, sino que se dedica a impulsar obras de caridad, proyectando el hospital de Peregrinos, comprando casas para su emplazamiento, mediante limosnas, ofrendas, mandas de los fieles, derramas, almonedas de frutos, etc., que van a la ermita y hospital, casa de la hermandad y otras» (2).

Para construir el primer santuario o ermita, una tradición nos remonta al siglo XI, cuando la comitiva de cristianos mozárabes trasladaba el cuerpo de San Zoilo de Córdoba a Carrión de los Condes.

La actual se erigió sobre el mismo lugar entre los años 1498 y 1504, dirigiendo las obras el maestro Martín de Solórzano. Se trata de una obra clasicista con cabecera gótica y donde se repiten profusamente los adornos de los soles recordando la aparición a los pastores.

Con el paso de los años se fue ennobleciendo este templo, hasta conseguir la forma actual.

Pío XI concedió la coronación canónica de la imagen, realizada en la S. I. catedral el 15 de agosto de 1934, siendo obispo de la diócesis el doctor Plá y Daniel, luego cardenal de Toledo.

Esa fecha del 15 de agosto y el primer domingo de julio se celebran las fiestas principales. Durante el mes de octubre, las Cofradías tienen también sus celebraciones especiales. La Ofrenda Chica corre a cargo de la Cofradía de la Sierrecilla el primer domingo de ese mes. El segundo domingo la Cofradía del Valle de Amblés realiza su fiesta, la Ofrenda Grande. Al domingo siguiente, el tercero, la ofrenda corre a cargo del pueblo de La Colilla.

Recientemente, desde el año 1969, una nueva parroquia de Madrid, dedicada a Nuestra Señora de Sonsoles, celebra actos especiales en honor de de la «Divina Serrana», el último domingo de mayo.

Ahora es la Patrona Diocesana, gracias a la petición (y posterior concesión papal) del obispo Moro Briz, con fecha de 15 de agosto de 1934. Una lápida colocada en uno de los muros nos lo recuerda.

Para acercarse al santuario se toma en Ávila la carretera N-403, que sale de la ciudad en dirección Sur. La distancia ahora son cuatro kilómetros.

El santuario, todo de piedra berroqueña, eleva al cielo su espadaña, cuyas tres campanas llaman a la oración al Valle de Amblés. Es una ermita sencilla del siglo XVI, en cuya cabecera aparece el altar clásico, donde respladecen adornando dos soles, que recuerdan el milagro de la aparición.

La Virgen se presenta vestida y por la sacristía se puede subir hasta el camarín de la Virgen.

En la sacristía se conserva una reproducción más pequeña que la titular.

BIBLIOGRAFÍA

La Ciudad de Ávila. Estudio histórico. Caja de Ahorros de Ávila. 2.ª Edic., 1987. Textos (1) y (2).
Historia de Ntra. Sra. de Sonsoles. Ávila, 1930.
Santuarios Españoles. Instituto Enrique Flórez. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1975.

NUESTRA SEÑORA DE FUENTE SANTA
MEDINILLA (ÁVILA)

Desde el siglo XII se tributa un culto muy especial a María en un viejo santuario, hoy situado en terrenos que pertenecen al Ayuntamiento de Medinilla, en la provincia de Ávila. Le describimos en otro lugar.

Junto a una talla románica «aquellos hombres rudos, en su lucha continua y trabajosa, a la Madre de Dios decían sus penas..., hundidos de continuo en sus miserias la hicieron abogada suya y su tutora, en ansia de alcanzar más alta vida» (232).

Más hoy, por no sé qué razones, el vecindario ha trasladado la artística imagen a la parroquia, con el riesgo de que, el que fuera celebérrimo santuario, pueda con los años llegar a desaparecer.

Todas las imágenes antiguas aparecen nimbadas de una historia o leyenda que da sentido situacional y contexto histórico al culto allí tri-

butado. En concreto la Virgen de Fuente Santa o Fuente Sacra, se envuelve en una majestuosa leyenda, que ha dado pie a novelas tan interesantes como la escrita por don Juan Muñoz García. El propio autor, para manifestar su respeto a la historia y a la leyenda, llama a su creación «novela arqueológica» (20).

El relato que ahora queremos recrear, mitad leyenda y mitad historia, siempre hay que interpretarlo en las claves seguras de datos certificados documentalmente por testimonios aún comprobables, al menos hasta épocas recientes y que nosotros desde niños hemos examinado.

El territorio de Medinilla y de otros lugares cercanos incuestionablemente ha sido uno de los fortines del pueblo vetón, gracias a su difícil estructura.

En aquellas tierras son visibles el templo de la Calzada de Béjar, (confundido con un fortín romano, y hoy calificado de templo vetón o tartesio), los castros abundantes de Medinilla, El Tejado, Santibáñez, Gilbuena, Valdesangil, Candelario, Barco de Ávila, Béjar y muchos más.

Un lugar sobresaliente debió ser Neila de San Miguel, formado por una etnia nacida alrededor de una piedra adorada por los vetones y sobre la que se ha levantado la propia torre del poblado con la iglesia cristiana a sus pies.

No se trata de un poblado único, sino que se multiplicaban por las cercanías, primero en las alturas innacesibles luego en estribaciones más fáciles, hasta llanuras, sobre todo a partir del dominio romano. Un dominio romano que aquí revistió características muy singulares.

Precisamente en esos instantes en que Roma intenta imponer su imperio y sus crueldades, se sitúa la primera historia que va a ser principal historia de aquel territorio.

Dedicados al pastoreo de ganados, vivían los sufridos vetones de aquellas tierras. Sus propios hatos de ganados se convertían en lugares de residencia permanente de pastores, donde tenía cabida un idílico vivir, apto para los mejores argumentos de la literatura pastoril.

Como aquellos primeros antepasados nuestros apenas si tenían escritura, suplieron la tradición gráfica por la transmisión oral. Por eso así hasta hoy nos ha llegado la historia de Neska e Irko.

Apacentando sus rebaños coincidían frecuentemente grupos de pastores y pastoras. En este oficio de cuidar animales siempre han sido tan eficaces las mujeres como los hombres.

Cuando Irko, un apuesto pastor, contempló por primera vez a Neska, no pudo menos de exclamar: «los lirios que junto a este cauce crecen no tienen tu fragancia campesina; serena placidez es tu semblante; tu mirada candor. Las candelas que adornan los castaños, menos doradas son que tus cabellos. A tu blancura no iguala la nieve. Eres dulzura y paz»...

Neska, con el candor de las almas sencillas, se limitó a contestar:

«Bello es cuanto me dices; mas yo no me doy cuenta de ser como lo expresan tus palabras. Ahora vuelvo a pensar si serás bardo». (Bardos entre los celtas son los poetas que cantaban a sus héroes).

Irko, dime, ¿quién eres?

A Neska no le fue fácil conocer quién era Irko. Sólo algunos días después, los labios solícitos de otra pastora se lo revelaron.

Irko era hijo del régulo de Neila. Contaba su atracción física, pero mucho más su bravura en los combates. Había tenido ocasiones múltiples de demostrarlo. Pero en aquellos momentos gozaban de una paz estable, demasiado amplia.

No debe extrañar esta situación porque los vetones entre ellos no se hacían la guerra. Se unen contra los invasores. Aunque vivan distanciados por las dificultades del terreno, les resulta muy fácil agruparse frente al enemigo común.

Desgraciadamente nuestra historia tiene lugar en unos momentos en que se va a poner a prueba este tipo de posibilidades.

Por el Sur de la Península habían entrado las primeras invasiones africanas. Quizás en el definitivo empeño de Aníbal podía centrarse históricamente el suceso o en alguna al menos de sus cercanas escaramuzas.

Neska unía a su belleza el ser hija de Aberast, jefe o régulo de Béjar. Ausente su padre vivía con otras pastoras. De Béjar venía Irko, con la fracasada intención de entrevistarse con su régulo. La suerte le deparó encontrarse con su hija, con la bella Neska. Quizás intentaba confirmar los rumores de la presencia de temidos enemigos de color. Pero había que dar oportunidad al paréntesis amoroso. El amor había prendido irremediable entre ellos.

Las visitas eran frecuentes, encendidas. Ayudaba el encanto del mundo pastoril que en esta materia era mucho más acogedor que el nuestro. (Neila y Béjar, por los caminos de aquella época, apenas se hallaban distanciados por un par de leguas.)

Llegó lo irremediable. Los vetones no fueron los primeros en conocer las invasiones, empeñadas en apropiarse de unas tierras que ellos, pastores, llamaban suyas desde siempre. Conocían de otros pueblos cercanos al mar los atrevimientos de pueblos extranjeros, no pocas veces estimulados más que por las guerras, por ansias de preciados metales que para ellos pastores significaban bastante poco.

Ahora, por desgracia para Irko y Neska no era así.

Irko tuvo que marchar a una primera escaramuza de atrevidos. Marchó lejos, hacia el Sur. Un día pudo regresar con un «guerrero extraño, que no parecía de la raza hispana».

En una lucha librada no lejos de sus tierras había visto a «otros parecidos a él». Lo traía hasta Béjar para convencer a los suyos que debían prepararse. Del prisionero conocieron «que muchos africanos venían sobre Vetonia». Venían en son de guerra de la «Atlántida, un país inmenso y misterioso, separado de Iberia por las aguas bullentes del mar».

«Oído lo que dijo el prisionero, temieron que la lucha que empezaba fuera muy larga y dura y el régulo manda guardar los puertos y cerrar los caminos, para así defender el territorio y a Irko envió a hostigar a aquel ejército, mandando un grupo de hombres elegidos, y encargole también que le avisara donde viera a los intrusos».

Irko, aprovechó su vuelta para visitar a Neska. «Más primero que el amor era Vetonia» (126, 127).

«Ya iba haciendo camino, y en un alto vio a Neska, que observaba la marcha de las tropas que iba guiando él.»

«Neska en efecto, veíale alejarse, y cuando la distancia ya le ocultó a su vista, lloró la soledad en que se quedaba, sin su padre y sin Irko» (130).

En efecto Aberast había ya marchado con todos los suyos a enfrentarse con los invasores.

La situación debía de presumirse muy complicada, pues acababa de llegar Kide, un mensajero, con el lacónico mensaje de que «eran

precisos nuevos combatientes». Para Neska, aún más terrorífico: Su padre había muerto en las primeras escaramuzas. Aunque valiente, el régulo bejarano no podía con la muchedumbre de africanos que llegaban.

Y Neska que lo supo exclamó al punto:

«Yo haré que os los envíen.»

Ella misma tomó su caballo y recorrió todos los lugares «para llevar por toda la comarca la mala nueva de que gente intrusa avanzaba por Tierras de Vetonia» (130).

«Así levantó en armas poblados numerosos, y, aunque ella declaraba que era Neska, la hija de Aberast y que su padre fue muerto el mismo día que salió a combatir, la dama blanca la llamaban las gentes de la tierra, porque era blanco su caballo y también blanco el traje que ella usaba.»

Gracias a sus andanzas, consiguió Kide refuerzos prontamente. Pero los enemigos ya estaban muy cerca, próximos a la misma Béjar. Por eso la valiente Neska tuvo que suplir el compromiso de su padre y ella misma se adelantó hasta las primeras líneas de combate.

«Y en una de esas luchas, guiando su caballo, sin darse cuenta de ello, entró en campo enemigo y, perseguida luego, viose a punto de caer prisionera.»

«Entonces Neska, queriendo antes morir, a la carrera tendida del corcel llegó a un barranco y, decidida, se lanzó al abismo.»

«Los vetones, que cercados estaban y en apuro, viendo a Neska saltar en el espacio, corrieron presurosos a auxiliarla, y, sin pensarlo, hallaron un camino por el que, bordeando el precipicio, fueron al otro lado del barranco, desde donde pararon el avance del invasor audaz, que fue obligado a ir a posición desfavorable a proseguir la lucha comenzada» (130).

«La dama blanca, entonces, tuvo honores de diosa en las mentes de aquellos hombres rudos, que creyeron que sólo por salvarlos dio el salto temerario y espantable que los puso en camino de fortuna, y a esa opinión común y alentadora contribuyó el misterio de lo que de ella fue desde aquel día, pues de cerca ya nadie pudo verla, ni nunca más se supo de la brava amazona, aunque sí aseguraban los guerreros que, en los combates, en que había peligro de salir derrotados los vetones, solía

aparecer la dama blanca, y que ello era buen signo, pues viéndola, cambiaba la fortuna, volviéndose a su favor» (132).

De hecho, las gentes de toda Vetonia, no sólo de la zona bejarana, creían ver la dama blanca del caballo blanco, en numerosos combates.

Uno de los combates inolvidables se libró precisamente en Guisando, no muy lejos de las escarpadas montañas.

Desde la misma Galecia enviaron refuerzos, «contingentes de guerreros, todos se reunieron en Guisando, a cuya serranía ya llegaban las belicosas huestes africanas».

El combate se presumía definitivo. Por eso los vetones creyeron que era necesario hacer primero la «ofrenda del jinete, que hacía el sacrificio de su vida porque hubieran victoria sus hermanos».

«Creían los vetones que alcanzaban el favor de Beleno, si antes de comenzar acción de guerra caballero y caballo le ofrendaban, y aquel día, un mancebo que iba en un noble potro, inerme, coronada de muérdago la frente juvenil y revelando voluntad poderosa, se dirigió a las filas enemigas en busca de una muerte honrosa y cierta».

La gloria del jinete consistía en afrontar la muerte impávido, sin volver el rostro, sin detener su caballo, desafiando la crueldad enemiga. Su muerte se contabilizaba como el clarinazo de salida. Mas hoy aquel guerrero tenía un especial significado.

«Irko era aquel guerrero a quien veían ir hacia la muerte y, a la vez, dando al aire la melena, cuyas doradas hebras refulgían con el fuego del sol.»

Fue la muerte propia de un héroe. Quizás sus combatientes desconocían la tragedia que llevaba en su corazón aquel muchacho, desde el día en que la dama blanca del caballo blanco había desaparecido de la tierra en el salto del barranco para convertirse en diosa. Ahora le tocaba a él el turno.

«Irko se irguió, como ofreciendo el pecho de blanco a las saetas enemigas, que pronto le acertaron, colorándole con borbotones de la sangre cálida que daban sus heridas, y el corcel, que parose vacilante, y el jinete, los dedos ya crispados, pero asido a las crines de su potro, que hacía por no caer, dieron en tierra, y ambos muertos quedaron en el suelo, formando todavía un solo bulto» (236).

Irko había perecido enseñando a los suyos a morir.

En el combate numeroso, cruel, horrible, cuando todavía parecía indeciso, en lo alto, sobre la misma vertical donde se hallaba el cadáver de Irko apareció la silueta inconfundible de «la dama blanca del caballo blanco», «que vino en su socorro».

Los vetones gozosos exclamaron: «nuestra es la victoria». Y no se equivocaron. Esa victoria fue desde luego suya. A costa de un pavoroso tributo: miles de muertos se hallaban esparcidos por el suelo como cortejando el cadáver de Irko y su caballo.

Siguiendo su costumbre, lo vetones piadosos allí mismo levantaron una gran pira y quemaron todos sus muertos. En la cima Irko y luego Kide que también había perecido.

No fue suficiente. Les parecía poco para tan grande éxito. Quisieron dejar perenne memoria del hecho. Los canteros de Guisando tallaron en piedra sus animales sagrados con tan hábil maestría que aun ahora no sabemos si se trata de toros o berracos, porque importaban más las tumbas con las cenizas de los muertos. Convertido el lugar en camino de pastores, «las gentes que pasaban por Guisando iban a ver los toros y la tumba» (140).

Entre las gentes que un día acudieron al lugar, se encontraban un grupo selecto de pastoras. Allí una de ellas lloró amargamente. Nadie sabía comprender la abundancia de tantas lágrimas. Era Neska. «Unas veces de hortelana, otras de pastora» andaba errante por aquellos lugares, despreciando amores porque lloraba siempre a su amado Irko.

Pero para las gentes de Vetonia las cosas no eran, no fueron tan vulgares y tan fáciles.

Las huestes de los esforzados africanos volvieron otra vez a Vetonia. Las peleas se reanudaban. «Y referían los mensajeros, que aquella misteriosa dama blanca volvía a dejarse ver en los combates y, recorriendo el campo de la lucha, daba el triunfo a los hijos de Vetonia».

«Neska, siempre en silencio, oyó tales relatos, pero pensando en el extraño modo como la mente popular la había transformado en deidad protectora de los suyos» (155).

Un día los africanos llegaron hasta los propios dominios donde vivía ignorada Neska. «Los de África, impetuosos, seguían llegando numerosos desde tierras del Sur» (156).

«El régulo de Neila había juntado tropas en poblados diversos, y acudiendo al lugar de más peligro, en las vegas linderas a Becedas, paró el avance de los invasores y comenzó un mortífero combate, en el cual unos y otros peleaban con extremo furor» (157).

La desigual presencia de combatientes hizo presagiar una derrota inevitable para los vetones, hasta que pudieron atisvar la presencia gozosa de la dama blanca en el caballo blanco. Ahora no estaba en lo alto de los cielos, sino pisando tierra y peleando como uno más entre ellos.

«Gozosos los vetones y, renovando su ánimo, fueron tras la amazona, acometiendo ya con tal denuedo que, por fin, dispersose el enemigo, obteniendo sobre él franca victoria.»

Pero esta vez algo era de otra manera. «Después de conseguida la victoria, no se ausentó de allí la dama blanca al rápido galope del caballo, que éste quedó caído y moribundo y la amazona estaba casi exánime, mientras los aterrados africanos huían al creerse perseguidos por la valiente dama, que herida de un flechazo, junto a un árbol paró, y bajo él, doliente, con la mano apretábase en el cuello, del que manaba la copiosa sangre».

Pronto se esparció veloz la noticia por todas las cercanías. Las gentes se acercaban entre curiosas e incrédulas. También los jefes.

Al pasar cerca el régulo de Neila pudo desentrañar el misterio de la mujer herida. Ella era Neska, la hija de Aberast, el régulo de Béjar. Había vivido ignorada y desconocida como una pastora más, pasando por hija de Ama. Una de tantas pastoras que cuidaban las ovejas de aquella opulenta que «reside cerca de la fuente».

«El régulo de Neila mandó entonces llevarla a casa de Ama.»

Al llegar, a Neska la colocaron en su lecho, y, al verla malherida, «se abrazaron a la muchacha como queriendo evitar su muerte y retener con ellas el tesoro que ya iban a perder, y Ama, viéndola casi agonizante, así la dijo con dolor:

– ¡Neska mi amor!, ¿por qué nos dejas solas? Aquí, hija mía, si tú te vas, nos quedarás en duelo. ¿No te quisimos bien?» (159).

Cuando montaste el caballo blanco de nuestros corrales, te dije que ibas a la muerte. Desde lo alto del monte hemos contemplado tu sacrificio heroico.

En un esfuerzo supremo, Neska exclamó:

«Voy con Irko, y conforme con mi suerte, porque expiro del modo que él muriera. Ved que la dama blanca da su vida también por los vetones.»

«Pude ver la victoria, y la muerte con triunfo es nueva vida» (159).

Con una mirada dulce, como de diosa inmaculada, recorrió los rostros llorosos de cuantos la lloraban. Una mirada que sabía a despedida. Luego, sin el menor rastro de dolor, se quedó dormida.

«De su bello caer y de la parte que tuvo en la victoria aquel día sabía bien el régulo, y, queriendo dar honra a la doncella generosa e intrépida, mandó hacer un sepulcro, labrándole en lo alto de un peñasco, para que Neska, allí depositada, fuera cara a la luna, y ni hombres ni cuadrúpedos pisaran el sitio destinado a sus cenizas» (161).

Cuando llevaron su cadáver al tosco y precipitado monumento era ya de noche. «Al pasar por la fuente, apareció la luna y reflejó su luz en el remanso que allí formaba el agua, y con sus rayos envolvió los restos de la doncella muerta, como si la enviara una caricia, y así, todos creyeron que había Neska el favor de la diosa de la noche, y al llegar a la roca del sepulcro, Ama colgó del cuello de su ahijada un sagrado amuleto, un broncíneo y pequeño escarabajo, insecto que era símbolo en Vetonia de vida perdurable, y a manera de simple rito ingenuo, fue alabada y plañida a un tiempo mismo por todos los presentes, en extraño desorden prolongado de loas y de gemidos».

«Luego ascendió al sepulcro y en él ganó la paz» (162).

Los dioses se encargaron de bendecir el lugar con el recuerdo de sus amores desgraciados. La tumba por eso se cubrió de espinos, el adorno de los amores dolorosos.

Ama y todos los suyos, la etnia de Neila y las etnias vecinas, desde aquel día tuvieron el lugar como sagrado. Para ellos no se trataba de Neska, sino de la dama blanca del caballo blanco, su protectora en los combates.

Cuando falleció Ama, «junto a Neska quiso haber su tumba». Luego la imitaron muchos más. «La leyenda de la dama blanca seguía en la memoria de las gentes y a ella se unió el caudal de sentimientos que inspiró la necrópolis ibérica, que con el tiempo allí llegó a formarse» (165).

«Por estos dos motivos, aquel sitio se tuvo por sagrado y en él alzóse un templo, y, consagrado a Eako, la diosa del silencio y de la no-

che, en aquellas serenas y apacibles noches, en que la luna llena se miraba en el charco de la fuente, por ser las de plegaria, reuníase en Broc Eako confusa multitud».

(Broc Eako es equivalente a fuente de Eako, porque Broc, en el idioma céltico-español, significa fuente. Eako es el nombre que en Vetonia daban a la luna. Entonces el primer nombre del lugar, Broc Eako, significaría «Fuente de Luna o Fuente de la Luna».) (165).

El resto de la historia es mucho más sencillo por mucho más cierto.

Después de los africanos llegaron a Vetonia los romanos.

Ellos impusieron la ley más cruel que imaginarse pueda cuando trataron de dominar a las gentes de Vetonia. Los sucesos recordados por la historia nos parecen suficientes. Bastarían las matanzas de Galba o las andanzas de Viriato.

Pero en relación con el santuario de Broc Eako destacó la costumbre de convertirlo en centro de sufridos y vejados vetones. Los romanos tenían la malvada costumbre de cortar la mano derecha a los combatientes vetones destacados. «Era la práctica bárbara de las tropas romanas la de inutilizar para el combate, haciéndolos perder la mano diestra, a muchos desgraciados caídos en su poder y que ellos mutilados infelices, llegados a la fuente de Broc Eako, habían poco antes padecido esa pena cruenta y espantosa, que era para ellos, antes que castigo, honroso sacrificio hecho a la patria» (171).

El lugar muy pronto se convirtió en santuario con tal grado de convocatoria para los sometidos que los romanos creyeron que aquel tipo de religión también podría entrañar peligro para su dominio. Decidieron entonces entronizar la estatua de una deidad romana. Pensaron que la hermosa Diana presto haría olvidar a «la dama blanca del caballo blanco».

«Velentino, por Roma gobernando la comarca, supo de aquella fuente, e igual que cerca de ella estaba el monumento de una insigne heroína de Vetonia, y en la peña donde ésta hubo el sepulcro mandó poner el busto de Diana» (230).

«De este modo, cambió por el latino aquel mito de Eako, que era, en el fondo, igual idolatría, y procuró que así fuera, olvidándose la tradición heroica de los hechos de la brava muchacha, y al manantial también mudó el nombre.»

«Le puso "Fuente Sacra", y ya por luengos siglos así se le llamo» (230).

«Después el cristianismo fue borrando los recuerdos paganos y derribó los ídolos, y el busto de Diana cayó de aquella roca, mas el claro venero se llamó "Fuente Sacra" por mucho tiempo más.»

«Luego pasó el Islam por toda Iberia, desvastando su suelo, y el que fue de Vetonia, por luchas continuadas y terribles casi se despobló» (231).

Aunque en las escarpadas montañas siguieron viviendo los intrépidos vetones, no volvieron a organizarse con culto de cristianos hasta la reconquista definitiva.»

«Conquistado el suelo montañoso donde se asienta Neila, en el mismo lugar que fue Broc Eako, y que ya se llamaba Fuente Santa en honor de la Virgen, se alzó un templo, y la iglesia quedó cristianizado aquel lugar, donde hubo ceremonias de cultos diferentes anteriores, siendo ello en circunstancias religiosas que pronto dieron fama a aquel santuario» (231).

La grandeza concurrida de los cultos era tal que Fuente Santa reunía a toda las etnias de los alrededores. Además de templo era lugar de acampada, mercado de productos, foro de diversión y comedias, plaza de toros, ... Allí llegaban los decendientes de los vetones montados en sus carretas de vacas o de bueyes, con comida para varios días, porque los festejos duraban bastantes jornadas.

Duró y creció durante tantos siglos que en el XVIII se levantó el hermoso santuario que ahora contemplamos ruinoso.

De lo antiguo «de la fuente que fue de Eako, la deidad del silencio y de la noche, que allí tuvo su culto con ese nombre ibérico»..., «queda un escrito prehistórico, una inscripción, acaso, que tuviera el santuario pagano primitivo»...

Abrigamos, por desgracia, el temor de que esa piedra, que conoció don Juan Muñoz García, cuando publicaba su novela en 1943, también haya desaparecido.

Hemos querido terminar este apartado con la hermosa leyenda que acabas de leer. Nos parece una de las de mayor calado vetón. Ha merecido múltiples tratamientos en los diversos medios de comunicación.

Este de don Juan Muñoz García nos parece uno de los más acabados. Por eso lo hemos utilizado nosotros.

BIBLIOGRAFÍA

El texto que fundamentalmente nos ha servido de base para nuestro relato es la obra titulada *Fuente Santa*, de don Juan Muñoz García. A esa obra pertenecen los párrafos que van entre comillas. Los números de los paréntesis hacen referencia a las páginas de la segunda edición, publicada en Madrid por la Imprenta «Prensa Española», el año 1943.

Tenemos que añadir nuestras múltiples visitas al lugar desde que eramos niños y las informaciones que en su tiempo nos proporcionó el entonces párroco del lugar, don Alfredo Calle.

Juan Muñoz García: *Narraciones Medievales*. Edit. Prensa Española. Madrid, 1945. (Mansiella.- Don Yagüe el Apotecario).

Juan Muñoz García: *Narraciones Medievales*. Edit. Prensa Española. Madrid, 1944. (Olalla.- El Día de Santa Marina.)

NUESTRA SEÑORA DE BÓTOA
BADAJOZ

El paso del tiempo no ha logrado borrar el embrujo agareno que consiguió la que fue capital de reino mahometano.

Badajoz, cual sultana mora, presume aún de mirarse en el espejo del Guadiana, para que el empaque de su silueta señorial se prolongue todos los amaneceres hasta contemplarse en territorios portugueses.

Por todas partes amplios espacios de fértiles tierras, pueblos nuevos que crecen con lujuriosa avidez de grandeza desmedida.

Badajoz, por eso, se nos brinda como ciudad de ayer y de hoy.

No es fácil averiguar las pertenencias que dejaron allí los romanos. A ellos se les debe tal vez su origen con casas y villas como la Pax, el gentilicio de donde deriva «pacenses».

Más generosos los de Mahoma levantaron murallas, recias y firmes, para convertirla en plaza fuerte, título que conserva hasta ahora.

Reino moro desde los comienzos del siglo XI, la obliga a transformarse en ciudad de lujo para refinados sarracenos hasta que Alfonso IX, el 19 de marzo de 1230, los arrojara hacia el Sur, sin que por ello perdiera el estilo de ciudad moruna que conserva orgullosa.

El fervor cristiano quiso deplazar los recuerdos de la media luna y pronto los ecos de la cruz resonaron no sólo dentro de las calles avejentadas, sino también en los alrededores del vecindario.

En el siglo XIV, la devoción popular a María se canaliza hacia la ermita de una Virgen que tenía su santuario entre los encinares del arroyo de Bótoa. Posiblemente una imagen que tuvo culto en un poblado de las proximidades, llamado Botoba.

Quizás se trate de la antigua Burdua de que nos habla Ptolomeo, situándola en Lusitania. Otros que leen Burdova, también la hacen romana.

En cualquier caso, se tiene por cierto que en aquel lugar existió un poblado cristiano con una especial devoción mariana. Fue respetado porque «era objeto de tributación para el invasor».

Allí creció fervorosa la devoción mariana y con la libertad de la Reconquista llegó a conseguir el título de Patrona de la ciudad.

Nos ha causado enorme respeto una encina milenaria, vieja pero corpulenta y vigorosa. La piedad de los fieles tiene pintado el tronco de blanco y azul, porque la encina sobrevive como testimonio claro de lo que antaño se estimó milagroso. En las bellotas de ese árbol «religioso», miradas al trasluz y retratadas debidamente, aparece la imagen de la Virgen.

Nadie puede dudar de que, en el interior de las bellotas, hay una estructura muy singular que para muchos puede significar la silueta de una imagen sagrada.

A la encina se la señala como el lugar donde se apareció la Madre de Jesús y a través de ese fruto se perpetúa su recuerdo.

La leyenda tejida alrededor de esta aparición cuenta que un Catalán, llamado Diego Mercader, casado con una portuguesa, trajo hasta este lugar a la pobre infeliz devorado por los celos. Aquí la dio muerte sin que valieran para nada las súplicas de la desgraciada mujer que de rodillas, gritaba al cielo su inocencia y pedía conmiseración. La sangre salpicó la encina y cuando el cruel asesino se volvió hacia el árbol pudo ver una vestidura blanca que asomaba por una grieta del tronco. Quiso limpiar en ella el cuchillo homicida y se encontró con que era el manto de una imagen de la Virgen.

A partir de aquel momento, las bellotas comenzaron a ofrecernos el tipo que actualmente observamos.

Carolina Coronado, una de la más bellas musas extremeñas, en uno de sus poemas se hace eco del milagro:

«Y vio la santa figura
de una Virgen de madera
que la blanca vestidura
a medias por la hendidura
del tronco mostraba fuera...
La encina desde aquel día
muestra en su copa sombría
cada bellota sagrada
con la imagen de María
en su corteza guardada»...

La imagen primitiva ha desaparecido y la que veneramos hoy fue tallada en 1713. Es muy frecuente el vestirla en forma de pastora, con un amplio sombrero de pamela y apretando entre sus manos un manojo de flores que parecen silvestres: espigas, amapolas y margaritas.

Algún autor como Medina Gata afirman haber conocido, incrustada en el bastidor una pequeña imagencita de plata.

Ricamente enjoyada se viste con lujosos vestidos que se cambian según las festividades.

Centro de fervor local, Nuestra Señora de Bótoa, viene a la catedral pacense en todos los momentos críticos para sus hijos.

El pueblo, que no puede negar su vocación agrícola, la rinde fervorosa pleitesía en todos los momentos, sin permitirse descansos. De manera muy especial el domingo primero de mayo, fiesta de su romería.

La romería es un acontecimiento deslumbrante, en un estilo semejante a la cercana Andalucía.

Se encarga de promover la devoción a la Virgen la «Hermandad de Nuestra Señora la Virgen Santísima de Bótoa», reorganizada en 1860 cuando era mayordomo don Manuel Macías y secretario don José Jiménez Martínez. La devoción a la Virgen es más antigua y hay constancia escrita referente al siglo XVI.

Bótoa, el lugar de la Virgen, fue una antigua aldea, dependiente de Badajoz desde el siglo XIII, que al desaparecer sus habitantes quedó

convertida en santuario mariano, al servicio de la capital. Existen testimonios claros de la devoción a esta Virgen a partir del siglo XIV.

Allí se ha ido levantando un complejo religioso, a la vez austero y señorial, pensado para lucir la imagen actual de la Virgen.

El interior del templo está formado por una nave de forma rectangular, que termina en un presbiterio donde se levanta un altar de mármol portugués, con columnas jónicas, en cuyo centro se alza una hornacina donde se halla colocada la imagen de la Virgen. La hornacina se completa con su respectivo camarín, para colmar las ansias de devoción del pueblo pacense.

La puerta de entrada se eleva en forma de espadaña para colocar el esquilón.

Envolviendo todo el conjunto aparece un atrio de piedra con sus correspondientes verjas de hierro.

Todo el conjunto destaca gracias al color blanco de todas sus construcciones, como corresponde a los santuarios del Sur peninsular.

En las fiestas tradicionales en honor de la Virgen de Bótoa, celebradas el primer domingo de mayo se han convertido en un espectáculo delirante de fe y tipismo, gracias a la febril imaginación del pueblo pacense.

Se marcha en romería a caballo o en carrozas engalanadas, donde las flores y el ramaje primaveral se unen en un desfile de belleza y de luz. Es un espectáculo que ha merecido declarar a esa jornada de interés turístico.

Los momentos cruciales de la fiesta religiosa giran en torno a la santa misa y la procesión. Los devotos se disputan el poder soportar sobre sus hombros durante algunos momentos la preciada carga de su Virgen vestida siempre con traje de pastora.

Debió ser inicialmente una fiesta muy querida de las lavanderas, un oficio muy frecuentado en la antigüedad, cuando las damas señoriales buscaban a las jovenzuelas para que les ayudasen en esa tarea doméstica. El calor tórrido de las jornadas estivales quemaba sus cuerpos, pero bría sus labios para cantar a la Virgen de la cercana ribera.

También se acudía a Bótoa en momentos claves de necesidad, sobre todo en las sequías tan frecuentes en los campos extremeños o en las epidemias también frecuentes en nuestras ciudades.

Todavía muchas de las letras que se cantan en los festejos nos recuerdan las viejas tradiciones.

Son versos inspirados, a la vez coplas de oración y bailes de romería.

Eres del campo
bella zagala
que en una encina
haces morada.

Todas las gentes
llorando estaban
al ver que el campo
seco se hallaba.

Y vos vinisteis,
Virgen sagrada,
a remediarnos
con vuestras aguas.

Aquella señora
vestida de blanco:
la Virgen de Bótoa
riega los campos.

Salgan las luces,
aurora clara,
que en ella brilla
nuestra esperanza.

Ya te llevamos
para tu casa,
Madre amorosa,
llena de gracia.

Virgen de Bótoa
de gracia llena,
eres patrona
de lavanderas.

Otras melodías:

De Bótoa venimos
con mucha alegría
de ver a la Virgen
en su linda ermita.

Cuando vayas a Bótoa
en la carretera,
te encontrarás bailando
las lavanderas

Mientras corre las praderas
la procesión de tu ermita,
te escoltan las lavanderas,
Virgen de Bótoa bendita,
excelsa Patrona
del trono de Dios,
aquí te ofrendamos
cariño y amor.
Digamos a coro
y alzando la voz:
te llevo en el alma
y en el corazón.

De verte, Virgen de Bótoa,
unos entran y otros salen
y otros se quedan mirando
nuestros lindos delantales.

Se vio una estrella bajar
y pararse en una encina:
en Bótoa morando está
aquella Virgen divina
que hoy vamos a venerar.

Si te quieres venir, vente,
que me voy a divertir,
a la ribera de Bótoa
a ver los carros salir.

¡Virgen de Bótoa,
Virgen divina,
dentro del agua
pura y cristalina;
los campos se secan,
los bichos se mueren
todos perecemos,
Virgen si no llueve!

A la función de Bótoa
voy en mi carro,
y el moreno que adoro
va en mi caballo.

De Bótoa venimos
con mucha alegría
de ver a la Virgen
en su linda ermita.

Podríamos añadir otras muchas letras y canciones referidas a la Virgen de Bótoa. Algunas incluso entrarían en la dinámica más humana de la juventud y del amor. Para nosotros todo eso, lejos de inalidar los convencimientos los sublima, porque mete la vida en la entraña del alma humana.

NUESTRA SEÑORA DE AGUAS SANTAS
JEREZ DE LOS CABALLEROS (BADAJOZ)

Desde todos los puntos de vista nos hallamos ante una de las gloriosas y monumentales ciudades de Extremadura. Sus múltiples testimonios históricos están acompañados de interesantes leyendas, no muy conocidas porque el poblado no ha necesitado de ellas.

Ahora queremos recordar los momentos estelares de su historia, unidos a algunas de sus mejores leyendas.

De entrada en los alrededores se encuentran numerosos dólmenes, principalmente el situado en la dehesa de El Toriñuelo. Posteriormente el lugar lo convierten en la fenicia Seria o Ceret. Al menos nos hallaríamos ante algún poblado de tipo celta. De aquí pasaría a ser romanizada con el nombre de Caeriana o Fama Iulia, asentamientos importantes a juzgar por la presencia de restos arqueológicos en las cercanías. Muy interesantes son, en este sentido, las excavaciones romanas de Pomar.

Los vestigios visigodos, encontrados incluso en el mismo casco urbano, nos trasladan a los siglos VI y VII. En la iglesia parroquial de Santa María de la Encarnación se conserva una inscripción alusiva a alguna consagración de un templo el 24 de diciembre del año 556.

Los árabes la conocen con el nombre de Xerixa, entonces uno de los grandes asentamientos de la actual Extremadura. Pero debió sufrir muy pronto un eclipse que la llevan hasta casi desaparacer. Las noticias de este período son oscuras.

Tras la toma de Alfonso IX, en 1230, es entregada a la Orden del Temple, para que afianzaran su conquista. Ellos son los que la convierten en Xere Equitum, origen del nombre actual y quienes la ponen en el seguro camino hacia su esplendor.

Al ser disuelta la Orden Templaria en el 1312 queda bajo tutela real, durante un breve período, para pasar, en 1370, a la Orden de Santiago, que la convierten en uno de los centros más importantes de toda Extremadura.

En los momentos del tránsito se sitúa una de las acciones legendarias que todavía se recuerdan.

Los caballeros templarios, después de la bula papal de 3 de abril de 1312 imponiendo su disolución, no quisieron aceptar sus consecuencias. Entonces se hicieron fuertes en las fortalezas de Jerez, pero no pudiendo resistir el empuje de sus enemigos, fueron vencidos y degollados por orden de Fernando IV. El lugar del cruel hecho se le conoce hoy con el nombre de «Torre Sangrienta».

Los momentos de mayor esplendor se corresponden con los siglos XV y XVI, cuando, en 1525, adquiere la categoría de ciudad, título otorgado por Carlos I. Es la época en que se restauran el castillo y las murallas y se levantan sus mejores obras.

En lo eclesiástico llegó en algún momento a tener:

– Seis conventos de religiosas: de la Luz, Gracia, Consolación, Trinidad, Madre de Dios y Esperanza.

– Tres de religiosos: San Agustín, Aguas Santas y La Margarita.

– Veintidós ermitas, once en el casco urbano y otras tantas en los alrededores: San Antón, San Blas, San Gil, San Lorenzo, San Benito, San Lázaro, San Roque, San Juan, Santa Marina, Santa Lucía, La Cruz o la Vera Cruz, Ecce Homo, Los Mártires, San Gregorio, Espíritu San-

to, La Margarita, San José, Ntra. Sra. del Valle, Brovales, Santa María de la Encina, San Salvador y Las Reliquias. Además de San Isidro el Labrador. Algunas permanecen todavía.

– Cuatro iglesias: Santa María de la Encarnación, San Bartolomé, San Miguel y Santa Catalina. Las tres primeras se hallan dentro del recinto fortificado.

Las iglesias forman la parte más preciosista de la ciudad.

La iglesia de San Miguel, aunque con indicios del siglo XV, es obra que presenta grandes transformaciones en el siglo XVI y luego en el XVIII adquirirá su contextura barroca. En 1756 se termina su airosa torre, también barroca, aunque la parte baja pertenezca al siglo XVI.

Consta de tres naves de cuatro tramos, la central más alta, crucero y el coro de la época de los caballeros de Santiago. Conserva parte de la decoración pintada de estilo italiano. Guarda interesantes sepulcros.

La combinación de sillares en la parte baja y ladrillo y barro cocido en las superiores crean una sensación muy atractiva, sobre todo, en su torre. Esta y las demás torres serán la nota distintiva que ofrece la ciudad a los ávidos ojos de los visitantes.

La iglesia de San Bartolomé, levantada en los siglos XV y XVI, sufre una total transformación en el XVIII. En ella trabajaron Baltasar Martínes de la Vera y Martín Pérez. A esta época pertenece la torre, sustitución de la anterior que se hundió en 1759. Tiene tres naves, arcos de medio punto y bóveda de cañón con un interesante retablo de José Barrera, fechado en 1691.

En esta iglesia se encuentra en capilla aparte el sepulcro de don Fernando Florencio Solís y Fernández de Córdoba, marqués de Rianzuela, muerto el 1771 y uno de los próceres que más ha hecho por su pueblo.

La iglesia se convirtió en enterramiento de la nobleza jerezana como los Liaño, Córdoba, Solís, Mejías, Malpica, etc. El enterramiento de mayor mérito corresponde a don Vasco de Jerez y su esposa doña Beatriz Bravo, construido en 1535.

La iglesia de Santa Catalina, en la parte más baja de la ciudad, templo fundamentalmente gótico, muestra algunas tendencias neoclásicas. Obra del siglo XV se completa con una torre del siglo XVIII, levantada por Juan Alonso de Ladera. Tiene una sola nave, pero muy am-

plia, bóveda de crucería del siglo XVI, ábside semicircular y bello retablo de cascarón. La torre se levantó en 1762.

En esta obra trabajaron importantes artistas, entre los que sobresale Jerónimo Gómez. Guarda esculturas muy bellas, entre las que destacan las tallas de S. Pedro de Alcántara, S. Antonio, S. Francisco de Asís y S. Diego de Alcalá. Hay también buenos cuadros, cruces y cálices.

La iglesia de Santa María de la Encarnación, cercana al castillo, muestra una estructura gótica casi desconocida por los cambios sufridos posteriormente. Sus características nos parecen menos barrocas. En lugar destacado se encuentra la inscripción hispano-visigoda, donde se hace la dedicación de un primer templo a Santa María, con fecha del 24 de diciembre de 556.

Su planta es rectangular, tres naves, bóvedas y capillas. Resulta muy difícil su datación cronológica por las transformaciones que ha sufrido entre los siglos XVI y XVIII. Aquí existen importantes enterramientos como el A. Pacheco Portocarrero, el doctor Mexía de Acevedo, el licenciado Pedro López, don Diego Girón, don Juan de Valle, etc.

En el aspecto mariano la ciudad venera imágenes muy queridas de los jerezanos Siguen en sus propios conventos e iglesias: Ntra. Sra. de la Encarnación (siglos XV-XVI), Ntra. Sra. de la Gracia (1491), Ntra. Sra. de la Esperanza (1594), Ntra. Sra. de la Consolación (1499), Ntra. Sra. de la Luz (1523). Pero entre todas destaca la patrona, hoy llamada Nuestra Señora de Aguas Santas.

El culto a esta Virgen se remonta a los momentos de la conquista de la ciudad. Los conquistadores vieron una serie de resplandores y luces, que subían y bajaban sobre un mismo lugar. Imaginaron muy pronto que se trataba de algo extraordinario, porque en aquellos siglos eran bastanes comunes las teofanías y manifestaciones de ese tipo, ya iniciadas hacía tiempo en Santiago.

Comenzó la búsqueda en el lugar de las luces y apareció una imagen de María y junto a ella una fuente, que en aquellos tiempos se consideraba un regalo muy especial del cielo. Virgen y fuente quedaron entonces asociadas en la fe de tan sencillos creyentes.

Alzaron muy pronto una pequeña ermita, donde acudían muy devotos para prestar el culto a la que llamaban Virgen de la Luz. La proximidad al poblado facilitaba la asistencia de los visitantes.

Como quiera que el agua de la fuente comenzó a ser utilizada con intenciones piadosas, la fe de aquellos fervorosos habitantes consiguió que el cielo les favoreciera con no pocos sucesos milagrosos. Poco a poco, el lugar y la Virgen recibieron el nombre de Ntra. Sra. de Aguas Santas, nombre que ha prevalecido.

El año 1577 se levantó en el lugar un convento, fundado por la provincia franciscana de San Gabriel, iniciándose un período de prosperidad que culminó en el siglo XVII, cuando era guardián fray Pedro de la Purificación de Tornavacas, hombre popular, del que se dice que tuvo especial intuición sobre los males de su tiempo. Murió en 1786.

Surgirían después los enemigos o envidiosos de siempre que culminaron con la desamortizacón de Mendizábal, cuando en 1836 echaron a los religiosos del convento. Las consecuencias inmediatas fueron la destrucción del santuario hasta el punto de que la Virgen tuvo que ser trasladada a la parroquia de Santa Catalina.

Allí ha estado la sagrada imagen hasta que el generoso empeño de doña Cecilia de Arteaga y Portillo y los Hijos del Corazón de María consiguieron la nueva iglesia.

El Papa Pío XI, en 1926, la declaró Patrona de Jerez junto al apóstol San Bartolomé. Su fiesta se celebra el 8 de septiembre. La Virgen es trasladada a la ciudad para la celebración del novenario.

Ante esta Virgen es muy posible rezaran ya hijos tan esclarecidos como Hernando del Soto y Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del Pacífico.

La imagen actual puede pertenecer a los momentos de la construcción del convento por los franciscanos de San Gabriel. Es entonces presumible que existiera otra con anterioridad, a la que se refiere la leyenda. Así lo creen y lo rezan los habitantes de Jerez en los gozos de su novena:

Por misteriosos relumbres
tu presencia revelaste,
aquí en Jerez te mostraste
derramando dulcedumbres
y diste a la muchedumbre
tu primera bendición.

En otros aspectos también nos muestra la ciudad muy importantes monumentos que enumeramos con brevedad:

– Las excavaciones romanas de Pomar.

– El castillo-fortaleza de los templarios (siglo XIII).

– Hospital de San Bartolomé (siglo XV).

– Palacios de la Vicaría, Bullón y Rianzuela.

– Algunas de las antiguas ermitas: S. Lázaro (siglo XIII), Santiago (siglo XV). Santos Mártires (siglo XV), San Roque (siglo XVI), Espíritu Santo (siglo XVII), San Lorenzo, (siglo XVIII), etc.

A todos ellos hay que añadir fuentes antiguas, casas blasonadas, parques acogedores.

Entre todos consiguen un bello conjunto que ha merecido ser declarado oficialmente «Conjunto Histórico Artístico», ya el 22 de diciembre de 1966.

BIBLIOGRAFÍA

Varios autores: *Monumentos Artísticos de Extremadura*. Editora Regional de Extremadura. Junta de Extremadura. Mérida, 1986. (Págs. 347 y ss). Aquí se puede encontrar un amplio estudio artístico e histórico.

Gran Enciclopedia de Extremadura. Tomo 6. Edex. Mérida, 1989. (Págs.101 y ss).

M. Muñoz de San Pedro. Conde de Canilleros: *Extremadura*. Caja de Ahorros de Cáceres, 1981. (Págs. 539 y ss).

Guadalupe. Especial Año Mariano-88. Revista. (Pág. 45).

Enciclopedia Espasa-Calpe. Tomos J y T.

NUESTRA SEÑORA DE TENTUDÍA
CALERA DE LEÓN (BADAJOZ)

El techo de Badajoz curiosamente se halla al final de la provincia, donde la tierra, harta de ser llanura, se eleva precipitadamente hasta conseguir los 1.104 metros de altitud.

Aquí, sobre la cima, producto de una invocación milagrosa, existe un santuario dedicado a María, llamado a convertirse en el Montserrat extremeño.

Quiere ser la tarjeta de visita con que recibe Extremadura a los peregrinos que llegan de Andalucía, por lo que ahora llaman Ruta de la Plata, carretera nacional 630.

El lugar, dentro del término de Calera de León, ciudad romana, árabe y cristiana, es un bello paraje, privilegio de la naturaleza y remanso gozoso de historia. Un tanto separado de la carretera comarcal y de la misma ciudad, sobre, la alta cumbre, que ha sabido ascender vertiginosa desde los 642 metros del puerto de Las Marismas hasta los 1.104, el monasterio es un centinela que se recrea entre las escabrosidades de la legendaria Sierra Morena.

Aquí tuvo lugar una repetición calcada del suceso del Antiguo Testamento, cuando Josué ordenó al sol que se detuviera para derrotar completamente a los amalecitas.

La historia, inicialmente no leyenda, se localiza a mediados del siglo XIII.

En 1240, la Reconquista avanzaba imparable, empeñada en las conquistas de Córdoba y Sevilla.

Fernando III, el Santo, ordenó a su invicto caudillo, el caballero luso, profeso de la Orden de Santiago, Pelay Pérez Correa, «hacer una descubierta» en terreno enemigo. Cortado su avance por un fuerte ejército sarraceno, situado en los puestos de la sierra de «La Calera», libró con él tan feroz batalla que la noche se echaba encima sin poder rematar su victoria.

Temiendo que la oscuridad sirviera de aliado a los enemigos, situados en terreno más ventajoso, el aguerrido capitán cristiano, ansioso de un triunfo definitivo, «echa pie a tierra, se postra de hinojos en el sitio denominado hoy "el Humilladero", y mirando al cielo exclama con acento en que vibra y palpita la fe de la que dijo Cristo que traslada las montañas»:

–«¡Santa María, ten tu día!»

Cual Josué miró a lo alto y «pudo comprobar él y todos los presentes que el sol se clava en el horizonte, exaltando a la hueste cristiana, al par que pone pavor y espanto en los rostros enemigos».

Sus soldados, testigos del hecho, alentados por el milagro, comprendieron que el cielo estaba de su lado. Hicieron nuevas cargas contra los moros, quienes ante el empuje de los cristianos y el temor del

milagro, comenzaron a ceder en su resistencia. Muy pronto encontraron en la huida su único refugio. Pero los cristianos los perseguían ensañados, mientras el suelo se poblaba de cadáveres.

Todavía con el sol quieto en el horizonte vieron a la caballería mahometana perderse en la lejanía, buscando los escondites que podían ofrecerles los picachos morenos de la sierra.

Los cristianos, gracias a la victoria, encontraron libres los peligrosos desfiladeros de Sierra Morena, para reforzar a los ejércitos que avanzaban hacia Andalucía.

En memoria de este prodigio, el maestre construyó en la cima del monte un templo dedicado a la Madre de Dios, bajo la advocación de la frase pronunciada: «Santa María, detén tu día».

Primero, en pleno siglo XIII, patrocinada por el propio Pelay Pérez Correa, se levantó una pequeña ermita, que muy pronto resultó insuficiente para satisfacer las apetencias de tantos devotos. Luego las limosnas y otras ayudas oficiales levantaron un lujoso santuario, pleno de grandeza y devoción.

Ese segundo templo era ya una bella construcción mudéjar de tres naves, separadas por arcos longitudinales, techos de madera y capillas laterales posteriores construidas en el siglo XIV o principios del XV, para enterramientos de importantes maestres de la orden como Gonzalo Mejía, Fernando Ozores y el camarero del rey, García Hernández.

En el siglo XV se transformó en bóveda de crucería la capilla mayor. En el siglo XVII se cambió el resto para conseguir una sola nave más amplia y con capillas laterales.

El retablo mayor, excepcional obra de arte, realizada en 1518 por Niculoso Pisano, artista italiano afincado en Sevilla, fue firmado el 17 de marzo de 1518. Ante esta ingente obra de azulejería «hay que quitarse el gorro, pues él mismo se lo quitó tras finalizarla, pensando muy para sí, si su trabajo no había sido inducido por un milagro. Pues, por ejemplo, no hay Santiago en cerámica más verdadero, que ese Santiago de Tentudía montado en caballo blanco que, en verdad, parece estar cerrando España».

«Todo este derroche de cerámica tiene un interés y belleza extraordinarios, que si en conjunto deslumbra, recrea al ir viendo los deta-

lles y las composiciones perfectamente concebidas y realizadas, en las que aparecen cuadros que representan escenas de la vida de la Virgen».

Las escenas, conseguidas a través de bellos coloridos, utilizan sobre todo el rosa, porque dicen que su autor rindió con ello homenaje a la sangre de los muertos y al sol, que, al pararse aquella tarde, convirtió el horizonte en un crepúsculo de fuego.

En una de las escenas de la calle lateral del lado del evangelio aparece Pelay Pérez Correa, contemplando el momento milagroso del sol parado por su invocación.

En el lado del evangelio, dentro del presbiterio, se encuentra el sepulcro del artífice de la batalla, el gran maestre Pelay, fallecido en Uclés, el 8 de febrero de 1275, y cuyos despojos fueron trasladados a este lugar en 1511 por deseos de Fernando el Católico.

Se conserva también el claustro mudéjar y parte del monasterio, levantado a principios del siglo XVI y que nos permite evocar la vieja grandeza de aquel maravilloso conjunto. Tenía traza cuadrangular, construido en forma sobria y adosado al propio templo.

Los papas Benedicto XIII, en 1414, y Martín V, en 1428, concedieron al lugar indulgencias con un signo de predilección extraordinaria. El Papa León IX (1513-1521) elevó el eremitorio a categoría de monasterio.

El monasterio de Tentudía o Tudía fue vicaría de la Orden de Santiago, preteneciente al provisorato de Llerena.

Sus vicarios eran notarios de los capítulos generales de la orden. La vicaría de Tentudía comprendió nueve pueblos de la comarca y en su recinto se instaló un colegio en el que se estudiaban humanidades.

La vicaría continuó hasta el año 1873, fecha en que Pío IX suprime la jurisdicción eclesiástica de las órdenes militares, pasando a depender de las respectivas diócesis.

Pero ya antes la desamortización de 1835, incomprensiblemente una vez más, hincó sus garras en este templo que respetaban hasta los legendarios bandoleros de Sierra Morena. Sería el principio de su decadencia y abandono.

Para justificar algunas barbaridades que parecen imposibles, se dice que un rayo, penetró también en este recinto almenado y decapitó

la admirada estatua yacente asentada sobre el sepulcro del gran maestre, al que llaman «el Cid de Extremadura».

Ahora el santuario de Santa María de Tentudía está recientemente restaurado y ha vuelto a albergar la imagen de la Virgen que en la década de los treinta fue trasladada a la parroquia como consecuencia de la mala situación a que había llegado el edificio.

A pesar de todo, el culto a esta advocación se ha mantenido siempre vivo, sobre todo en su pueblo, Calera de León, que ha erigido una hermandad canónicamente aprobada.

Calera está reconquistando sus fueros y su historia. Es un pueblo que no puede olvidar su grandeza pasada, arrancando de la céltica Ucultunia y la Curiga de los romanos, que posiblemente yacen bajo sus cimientos. Los árabes la llamarían Al-Casera.

Todavía puede presumir de señeros edificios, destacando el conventual de los caballeros de Santiago, antigua sede del priorato y palacio vicarial. Se trata de un conjunto formado por la iglesia, el claustro y las dependencias monacales.

La iglesia, hoy parroquia, está dedicada al apóstol Santiago. Lleva bóveda de crucería en la única nave que forma el cuerpo del templo. Va adosada al resto del convento por el lado de la epístola.

La parte mejor conservada es el claustro, mezcla de una serie de estilos arquitectónicos, que comienzan en el último período del gótico. Estaba formado por dos pisos. El primero de cinco arcos de columas jónicas y bóvedas. El superior de diez arcos y techumbre de madera. A su alrededor se abrían las distintas dependencias monacales.

En la hornacina central del actual retablo mayor, compuesto de ocho lienzos representando entre otras escenas la batalla de Tentudía, ha estado durante algún tiempo la bellísima imagen de la Virgen de Tentudía, patrona de la localidad, hasta que ha vuelto a su santuario.

La imagen actual no es, sin embargo, la primitiva, tallada en alabastro o mármol el año 1327. Es una de las llamadas de «candelero», que conserva en su rostro vestigios de la escuela sianesa, apreciándose la armonía de la dulzura con la majestad, que los artífices del siglo XIII caracterizaban sus obras.

Algunos autores, para restar importancia al hecho religioso de Tentudía, afirman que el vocablo «tudía» es anterior en el tiempo a la

batalla. Esa posibilidad no cambiaría sustancialmente la invocación del maestre Pelay, pidiendo al cielo, a través de la Virgen, que le ayudara a vencer a los enemigos, incluso deteniendo el sol. Se trataría de una discusión de primacía puramente semántica.

Tampoco se puede pedir que la historia y la leyenda escrita aparezcan desde el primer momento. Todas las leyendas son posteriores a los hechos y normalmente los modifican en mayor o menor grado según las distintas situaciones.

La afirmación de la parada del sol ya la explicaba el padre Mariana en su historia: «Vulgarmente se dijo y entendió que el sol se paró... A la verdad, alterados los sentidos con el peligro de la batalla..., ¿quién puede medir el tiempo? Una hora parece muchas, muchas cosas se creen fácilmente en el tiempo del peligro». «Esto permite concordar la realidad con la plegaria del maestre y la persuasión suya y de la hueste santiaguista de que el día se había alargado».

Tampoco es imposible que por favor especial del cielo se prolongara la luz solar más allá de la normalidad diaria, creando esa sensación de sol parado.

Algo entonces es incuestionable y fuera de duda: La intervención del cielo ayudando, dando fuerzas y coraje a los caballeros santiaguistas para resolver favorablemente una batalla, al final de un día que estaba terminando.

En consecuencia y agradecimiento se levanta una ermita en honor de la Virgen, ya en el siglo XIII, consecuencia de esa batalla con el protagonismo de Pelay Pérez Correa, ligado a este lugar y por la invocación de Santa María. El propio Alfonso X el Sabio en pleno siglo XIII, en una de sus cantigas, se hace eco del «gran miracle..., que fer una vez en Tudía».

La fiesta principal se celebra el 8 de septiembre con romería al santuario. El 15 de agosto, la Hermandad de la Virgen en fervorosa procesión baja la venerada imagen hasta su pueblo de Calera. Allí permanece visitada permanentemente por sus hijos, hasta el día 8 de septiembre en que sube al monasterio acompañada por creyentes de todos los pueblos comarcanos.

HIMNO A LA VIRGEN

Virgen bendita de Tentudía
de la campiña rayo de sol;
rosa morena de serranía,
lirio fragante, bello arrebol.

Tú que eres Reina, Madre y Señora
escucha el canto lleno de amor
de un pueblo noble que a ti te adora
y que te rinde veneración.

No sé cantarte como quisiera,
Virgen bendita de Tentudía,
pero te ofrezco mi vida entera
el ansia toda del alma mía.

Recuerda el ruego de aquel valiente
que te invoca lleno de fe,
ojos al cielo y ansia ferviente,
que aparecieras con tu poder.

Apareciste cual Madre amada,
presta a salvarnos del invasor
y un día largo se iluminaba
con la promesa de tu favor.

Virgen bendita de Tentudía,
de la campiña rayo de sol;
rosa morena de serranía,
lirio fragante, bello arrebol.

Tú que eres Reina, Madre y Señora,
escucha el canto lleno de amor
de un pueblo noble que a ti te adora
y que te rinde veneración.

NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS FREGENAL DE LA SIERRA (BADAJOZ)

En 1905 era coronada la Virgen del Pilar de Zaragoza. Al año siguiente, el 27 de abril de 1906, se coronaba también a la Virgen de los Remedios de Fregenal de la Sierra en Extremadura. La segunda vez que se concedía este privilegio a una imagen de nuestra patria.

En uno de los hermosos parajes de aquella comarca, límite con Andalucía, se alza un grandioso santuario, majestuoso templo de treinta metros de largo y artístico camarín, cuyos orígenes se encuentran velados en una legendaria penumbra, felizmente conservada en la memoria de todos los frexenenses.

El lugar elegido fue seleccionado directamente por la Providencia o alguno de sus aliados.

El primer intento de edificación se hizo en la explanada donde hoy se levanta la Cruz del Humilladero. Parecía indicarlo la proximidad del vecindario y la plácida tranquilidad del terreno. Pero iniciada la cons-

trucción, los muros se derribaban cada noche, sin encontrar a un culpable ni existir convincente explicación.

Como el hecho se repitiera varias veces pensaron en un alto pedregoso, más cerca de la cisterna en que fue encontrada la imagen. Los misteriosos derribos volvieron a repetirse. Se abandonó pronto la nueva idea y se conformaron con colocar en el lugar una cruz, para dejar a los siglos venideros constancia de sus intenciones.

Seleccionaron entonces las cercanías del propio cerro del Rodeo, junto al pozo de las apariciones. Las obras adelantaron vertiginosas y a los creyentes les pareció que el mismo cielo trabajaba a favor suyo, pues subían con notable rapidez.

Todos leyeron en esta peregrinación de elecciones, comienzos y derribos que la Providencia se había encargado de marcar el lugar que le apetecía para morada.

No tenía nada extraño, porque aquella primitiva ermita se convirtiría, al correr de los tiempos, en el envidiable templo que hoy admiramos, explicable sólo por la fe de unos profundos creyentes.

Si la historia del santuario discurre por caminos tan exuberantes de imaginación, no le va a la zaga la leyenda de la imagen.

Debió ser antes de la invasión sarracena, cuando ya se tenía devoción a Nuestra Señora de los Remedios.

No podemos situar con exactitud temporal la leyenda de los hechos, porque ha sido como siempre, la memoria popular la que la guardó inicialmente.

En la falda montañosa del Rodeo guardaba sus rebaños un candoroso pastor asalariado.

Cierto día, al intentar arrancar una gruesa piedra, que parecía señalar la existencia de una hermosa fuente, al muchacho se le escapa de las manos y deja al descubierto una oquedad profunda, donde estuvo a punto de caer precipitado.

Asombrado y gozoso porque había encontrado agua cercana para sus ovejas, miró hacia el fondo y contempló un pozo profundo, posiblemente con abundante caudal.

Presuroso comenzó a separar y arrancar con más cuidado las piedras y hojarascas del abandonado brocal, al que posiblemente, desde muchos años atrás, nadie se acercaba.

Al inclinarse otra vez, alborozado, contempla con asombro que sobre la superficie aparece una especie de figurita humana.

Sacándola como puede, la guarda entre la ropa para luego llevarla de regalo a su familia.

Después de recoger el ganado en el aprisco marcha contento a la cercana majada donde esperan los suyos. En la mochila sobre la espalda va lo que él llama una muñeca. Emocionado como iba, cargado con aperos, mantas y cayado, no nota nada de cuanto le pueda suceder por el camino.

Desde lejos, al llegar llama a su esposa y a su pequeña hija para sorprenderles con el regalo que trae. Delante de ellos abre su carga y queda decepcionado porque la figura había desaparecido.

No dio importancia al hecho. Al contrario se culpaba a sí mismo de no haber notado durante el camino la pérdida de la sorpresa.

A la mañana siguiente, vuelve en busca de su rebaño, recorriendo todos los pasos que había dado la tarde anterior. Estaba convencido de que aparecería en algún momento, pues en aquella hora temprana nadie podría haber transitado aquella vereda.

Cuando ya estaba a punto de quedar decepcionado, llega hasta el mismo pozo y, ¡oh sopresa!, la encuentra en el lugar del primer hallazgo.

La recoge, la guarda con esmero, la ata cuidadosamente y la deposita amorosamente entre su manta de pastor. Al caer la tarde repite los pasos de todos los atardeceres. Ahora al llegar no avisa. No quiere repetir el ridículo. A solas con sumo cuidado desata su envoltorio y, contra todo parecer, la figura no se encuentra allí.

Lo cuenta todo. A duras penas su mujer le pudo retener para que a aquellas horas no volviera al pozo misterioso. No albergaba la menor duda de que se hallaban ante algo extraordinario y que aquella figurita de madera podía ser otra cosa distinta.

Muy de madrugada vuela más que corre hasta la fuente. ¡La muñeca en el sitio de siempre!

Ahora ya no existían dudas. Las repetidas desapariciones le llenan de temor. Vuelve presuroso a su choza y marcha corriendo al pueblo para contar lo sucedido. Primero a su amo y señor. Luego «a todos los que quieran oír».

Tomaron parte muy activa en el asunto los sacerdotes. A ellos les fue entregado el hallazgo. No había duda: Se trataba de una Virgen escondida en algún momento difícil. La imagen quedaría depositada en la iglesia hasta que se levantara la ermita en las cercanías de las apariciones.

Fue entonces, para elegir el sitio, cuando tuvieron lugar los hechos que relatamos al principio.

Estaba muy claro que la Virgen quería ser honrada en ese punto exacto y no en otro. El sitio lo había marcado ella misma y por dos veces consecutivas.

La bella imagen que actualmente se venera es muy posterior a la época de que nos habla la leyenda.

No tiene nada extraño porque con motivo de las guerras, sobre todo musulmanas, con tantas conquistas y reconquistas, los signos religiosos sufrieron convulsiones extrañas y diversas. Unos fueron destruidos. Otros se ocultaron. No pocos cambiaron de sitio. Unas tristes situaciones que se acentuaban en los lugares importantes.

Y Fregenal de la Sierra era entonces lugar importante.

De su importancia nos habla la creencia de que fuera sede episcopal con obispo propio, hacia el siglo IV, teniendo mucho que ver con la Nertóbriga romana.

Exiten escritos que nos certifican ya en el siglo XIII la devoción de los frexenenses a su Virgen de los Remedios.

En el siglo XVI, como consecuencia de una temible sequía que la Virgen «remedia», se la declara «Patrona de Fregenal», por decreto firmado el 28 de abril de 1505.

En aquellos momentos y después, la milagrosa talla carecía de Niño. Pero en los comienzos del siglo pasado, un torero apellidado Lucas, lo donó «como pago de una demanda». «El tal Lucas se encomendó fervorosamente a nuestra patrona cuando era cogido por el toro, quien le salvó la vida: cosa difícil de curar en aquellos tiempos en que no había los adelantos que la cirugía tiene ahora».

«En agradecimiento, poco después se presentó en Fregenal con un precioso Niño Jesús, que regaló a su salvadora: Niño que desde entonces lleva la Virgen al brazo, al que se empezó a conocer y conocemos

casi todos con el nombre de «Luquitas», quizás en recuerdo del agradecido matador de toros».

No podemos terminar este relato sin la referencia a otro cariñoso título que singulariza a esta Virgen, «Patrona celestial de los gitanos».

Ellos tienen una especial romería y la fiesta se convierte en una concentración espectacular de la etnia, que puebla todos los alrededores con sus tiendas, coches, cabalgaduras y churumbeles.

Fervientes devotos los «calés» y los «payos», dejan testimonios expresivos de su fe.

En la galería de los exvotos se encuentran amontonados, desde lujosos vestidos de bodas hasta los más inverosímiles detalles que sólo los sinceros creyentes son capaces de imaginar.

Quisimos contarlos y la tarea nos resultó imposible porque se exponen muchos centenares y, como nos dijo la ermitaña, cuando se deterioran en extremo tenemos que retirarlos. Incluso los totalmente estropeados, los quemamos «para que suban al cielo».

Aquí se hallan también los retratos de los hijos ilustres del poblado como Arias Montano, Bravo Murillo, el obispo Benito Hermoso, el también obispo Juan Franco, etc.

Para todo ello existe sitio abundante en el magno santuario de Fregenal:

– Porticados soportales con columnas de granito, que se abren para dar cabida a la artística portada.

– Una nave con cuarenta metros de largo por diez de ancho y cúpula semiesférica

– Varios altares con representaciones marianas, pintados en 1670 por Francisco Pérez de Acoca Jeri.

– Espacioso camarín con doble acceso y rematado también con luminosa cúpula.

– Trono de la Virgen, formado por cuatro columnas y adornado con figuras de angelitos.

– Completa el conjunto la hospedería donde se hallan los cuadros de los hijos predilectos de la villa.

La imagen es una talla majestuosa, de estilo gótico-renacentista, labrada en madera policromada, y que por costumbre se nos muestra vestida de lujosos mantos y vestidos labrados siempre en plata y oro.